

1

No sentía dolor, tan sólo una leve asfixia que la oprimía contra el suelo y la debilitaba.

Abrió los ojos pero sólo encontró oscuridad, intentó parpadear pero aquella sequedad le punzó desde los nervios ópticos hasta el cerebro con una rapidez que le hizo gritar, pero de su boca no salió sonido alguno.

De sus oídos salía un zumbido sordo y persistente que la atontaba y le impedía pensar con claridad y orientarse en aquel caos en el que se encontraba.

Intentó hablar pero su lengua estaba pegada al paladar y su garganta permaneció muda, entonces sintió como su corazón comenzaba a latir atropelladamente mientras intentaba moverse...pero no ocurrió nada.

Parpadeó un par de veces a pesar del dolor, esperando ver un rayo de luz en algún lugar, mientras su mente se abría paso entre las tinieblas que la absorbían de nuevo hacia el abismo del que luchaba por salir...

Intentó respirar de forma más ordenada pero fracasó una vez más porque sencillamente ninguno de sus sentidos parecía acompañarla.

Poco a poco comenzó a sentir unas débiles punzadas en diversas partes de su cuerpo y tuvo escalofríos...las punzadas se fueron haciendo cada vez más fuertes hasta que su cuerpo convulsionó de forma incontrolada haciéndola gritar sin piedad...aunque seguía sin ser capaz de hablar...o simplemente era incapaz de oírse.

Todo aquel autocontrol del que creía ser capaz la abandonó por completo y fue entonces cuando se rindió a la más terrible de las consecuencias...el pánico.

2

Se sentía liberado en el momento en el que notaba crujir la arena bajo sus pies, mientras sus pulmones respiraban aquel aire frío y húmedo de la mañana neoyorquina.

A pesar de que aquello era para él una rutina los últimos siete años, cada mañana descubría un matiz distinto, un olor inesperado, un color más vivo, una sensación completamente nueva.

Todas las mañanas atravesaba una parte del parque corriendo a buen ritmo mientras pensaba en los desafíos a los que se enfrentaría cuando desapareciera la oscuridad y el día se hiciera presente, porque en realidad ya no era capaz de recordar la última vez que había conseguido dormir hasta el alba. Aquel día en el que cambió su vida para siempre podía tener algo que ver en su cambio de hábitos, aunque en su interior se negara a aceptarlo.

Durante aquellos minutos en los que corría por Central Park camuflado en la oscuridad final de la noche, su mundo era otro. Él mismo se transformaba en un yo distinto, ligero, seguro, sin el peso que le acompañaba a todas partes desde hacía tanto tiempo.

Corría cada vez más deprisa persiguiendo a los demonios invisibles que aparecían en su cabeza cada vez que cerraba los ojos, aunque creía que se había acostumbrado a su pavorosa presencia y que ya, de alguna manera, habían conseguido ser parte de su ser.

El brusco sonido del móvil le arrancó de su segunda realidad y rompió su ensoñación devolviéndole justo a donde su cuerpo estaba.

Eran poco más de las seis de la mañana y aquello sólo podía significar dos cosas: una mala u otra peor.

-Kerr.

Escuchó atentamente mientras salía del parque hacia la boca del metro más cercana. Se detuvo varias veces para escuchar atentamente al hombre al otro lado de la línea, hasta que al fin llegó a la parada y descendió las escaleras con prontitud.

Mientras el metro le llevaba a la Central de Policía en donde trabajaba como detective de homicidios desde hacía más de diez años, no dejaba de sentir aquel mariposeo y sensación de apremio que le producía la adrenalina de un nuevo caso.

Cuando el ascensor que le llevaba al piso donde se encontraba su mesa se abrió, el inspector Aden Kerr se detuvo en seco. Rodeaban su mesa una pequeña multitud de personas entre las que se encontraba su jefa la capitana Saldana y sus dos compañeros más queridos, aquellos a los que Aden llamaba con cariño “mis escuderos”: los detectives Rachel Jones y Jacob Ryan.

-¿Dónde demonios estabas?-dijo Saldana- ¿En Europa?.

-Lo siento Zoe, me habéis llamado en mitad de mi carrera –dijo sonriendo levemente mientras se acercaba.

-Pues... espero que te haya dado tiempo a digerir el desayuno porque esto te va a quitar las ganas de comer.

La capitana Saldana era una mujer de poca estatura, regordeta, que suplía su escaso encanto físico con un temperamento que haría temblar a todo aquel que la contradijera, mirara mal o simplemente existiera cuando a ella no le apetecía. Su constancia y su valentía estaban fuera de toda cuestión entre sus subordinados a los que se había ganado hacía ya muchos años. Era el pilar sobre el que se sostenían los cimientos de la Central, la que había estado desde el principio de todo lo que importaba, la que defendía como verdad absoluta la verdad, el honor, la fidelidad y la defensa del ciudadano. Su pelo rojizo y encrespado y sus ropas de llamativos colores la hacían destacar siempre dentro del conjunto, como si de esa forma quisiera demostrar que lo convencional, lo sencillo y lo gris no eran sus compañeros de viaje.

Zoe Saldana amenazaba con su jubilación cada vez que un caso demasiado largo llegaba a manos de su gente, les decía que se encontraba mayor, cansada y que a su viejo cuerpo ya no le haría ninguna gracia otro tiro más. Decía que las fuerzas la abandonaban y que quería pasar más tiempo con sus nietos, ver como aprendían a hablar, a caminar y pasar con ellos el tiempo que no había podido dedicarles a sus hijos. Decía que la hora de abandonar aquella nave que con sus fuertes y firmes manos había manejado desde el principio de los tiempos había llegado. Quería dejar paso al siguiente, que otro se ocupara de la Brigada de Homicidios que más casos había resuelto durante los últimos años. Decía que quería salir al mundo sin sentir el apremio que produce una pistola y sentir el correr de la brisa fresca es sus mejillas, sin mayor preocupación que saber lo que haría los siguientes diez minutos.

Pero Zoe Saldana nunca lo dejaba, jamás se iba. Detrás de un caso llegaba otro y siempre había una excusa para que sus chicos le hiciesen ver que la necesitaban...y ella se dejaba querer, porque ella era el férreo puente que les permitía ir de una orilla a otra sin apenas mojarse, la mano que los sujetaba cuando les hacía falta y la voz que los recriminaba cuando se atontaban...al fin y al cabo, tal vez, al final del próximo año, al final del próximo caso...sí, tal vez, saliera a refrescarse bajo la brisa.

-¿Qué os pasa a todos? -preguntó Aden.

-Estás precioso esta mañana –dijo Rachel torciendo el gesto- pero permíteme decir que hueles como si salieras de buscar el reloj de la vecina en el basurero.

-Seis kilómetros de carrera también te harían sudar a ti, querida Rachel, lamento que mi sudor hiera tu sensible olfato, pero intentaré arreglar el asunto en cuanto me digáis de que incendio vamos a hablar.

-Esto ha llegado aquí hace una hora.

Todos se apartaron para que él pudiera ver el objeto de tanta expectación: una pequeña caja de color verde, pequeña como de zapatos, pero redonda y alta, adornada por un enorme lazo negro que le daba un aspecto elegante y siniestro a la vez. Una hermosa caja de regalo, con alguna bonita sorpresa dentro que sin duda tendría la intención de arrancarles de su rutina y sacudirles con la fuerza de un ciclón para obligarles a demostrar por qué eran policías y por qué se habían convertido en tales.

Un regalo que tenía la intención de recordarles...cosas.

La pequeña caja verde, completamente lisa, desprendía un olor acre, levemente ácido y apenas perceptible... realmente era bonita...el conjunto decía muy agradable a la vista, la verdad...pero ¡Dios! Aquel lazo negro...

-Ha pasado por los detectores –dijo Ryan- No contiene...explosivos.

-¿Qué contiene, Ryan? ¿Por qué me has llamado?

-Te he llamado porque está dirigido a ti –dijo con gesto serio.

Aden fue pasando su vista de uno a otro, intentando encontrar una respuesta sin verse obligado a abrir aquella dichosa caja. Había algo en ella, algo en aquella pequeña caja verde que le decía que en cuanto desvelara su secreto, en cuanto lo compartiera con la audiencia... ya nada volvería a ser igual, las piezas jamás estarían colocadas del mismo modo, se desmoronaría el castillo de naipes de la tranquilidad para dar paso a las aguas embravecidas y gélidas del mar de lo siniestro.

Pero como no se consideraba a sí mismo un hombre cobarde y sabía que sus compañeros no tenían semejante concepto de él, se adelantó un paso y abrió la caja de un solo gesto.

La sorpresa inicial dio rápido paso al asco y a los murmullos. Los ojos de su gente se habían abierto de forma desmesurada y Ryan se había tapado la boca con las manos. Dentro había la pequeña falange del dedo meñique de un pie humano envuelto en una maraña de pelo castaño muy claro y este a su vez sobre unas densas virutas de serrín.

Aden se desplomó de forma brusca sobre su silla y tomó en sus manos la pequeña caja, la observó cuidadosamente y tragó saliva.

-Vale, ¿De dónde procede?

-De la oficina de correos de Nueva Jersey.

-Ryan, tú y Jones investigad en esa oficina, buscad indicios de quien lo pudo haber dejado allí. Rastread el envío, es posible que se haya pagado al contado, pero si tenemos suerte, tal vez se haya usado una tarjeta de crédito. Yo llevaré el dedo a los forenses a ver si podemos sacar alguna fibra o partícula, aunque lo veo improbable.

-¿Por qué lo dices?-preguntó Rachel.

-Porque este dedo creo que ha sido quemado.

3

Dejó que el agua caliente resbalara por su cuerpo desnudo, acariciando suavemente los lunares de su piel, empapando su precioso pelo negro, deslizándose por sus torneados y cuidados músculos, relajándolos y preparándolos para la inevitable y acechante tensión y proporcionándole una agradable sensación de alivio y confort que restableció su templado temperamento casi de inmediato. Necesitaba que su innata inteligencia, aquella pericia y sexto sentido que le habían hecho famoso dentro de su mundo, afloraran dentro de él y la acompañara para ayudarle a pensar con claridad.

Abrió sus profundos ojos negros a través de la cortina de agua y pensó en aquella caja verde y en su macabro contenido. Inevitablemente y sin remedio tenía la certeza de que aquel envío era el primero de una larga lista, pero... ¿por qué? ¿cuál era el mensaje? ¿cuál el motivo? ¿quién la víctima? y ¿por qué él el destinatario? La primera respuesta estaba clara: el secuestrador-asesino o quien sabe que era, le había colocado a él en el centro de su diana enviándole el mensaje claro de que todo aquello algo tenía que ver con él. Pero lejos de intimidarle, aquello le proporcionaba el empuje necesario para iniciar la correspondiente investigación y abrir aquel caso con la valentía necesaria, aunque empezaba a sentir que aquel caso seguiría un camino muy distinto al normal...

Con la determinación como meta, sacó uno de los trajes que guardaba en su taquilla de la Central de Policía, se vistió con celeridad y bajó las escaleras dispuesto a afrontar aquello como si no fuera a afectarle. Se sentó frente a su ordenador, comiendo el primer donuts del día y abrió el correo en busca de algún mensaje relacionado con el caso, pero no lo encontró. Estaba leyendo algo insustancial cuando sonó su teléfono.

-Kerr.

-Aden, soy Ryan. Estamos en la oficina de Correos de Jersey y de aquí no vamos a sacar nada en claro, el envío no salió de esta oficina.

-No te entiendo.

-Quiero decir que quien te envió ese paquete no lo dejó aquí en persona; el paquete procede de Baltimore.

-Investiguemos Baltimore entonces.

-Ya lo ha hecho Rachel pero no tenemos nada; aquello es enorme, pero el sistema informático sólo nos dice que fue entregado allí por alguien con destino Jersey hace cinco días.

-Eso explicaría el olor, pero, ¿nadie recuerda una caja verde con un lazo negro? –preguntó con incredulidad.

-No, porque la caja llegó a nosotros en una bolsa de mensajería, Aden, Saldana la abrió.

-¿Por qué?

-Porque no vio tu nombre hasta que rompió la bolsa.

-¿Y dónde está esa bolsa?

-La están analizando los técnicos en busca de huellas o partículas.

-Encárgate de que Baltimore nos envíe las grabaciones del día en que se entregó el paquete, a ver si descubrimos algo y volved aquí.

-De acuerdo.

-Colgó el teléfono y se quedó allí sentado, zampando su segundo donuts y sintiéndose completamente frustrado.

El día pasó sin mayor novedad entre papeleo atrasado de anteriores casos y los sobresaltos cuando sonaba el teléfono o traían algún paquete sin importancia. Cuando terminó su jornada se reunió con su equipo en Roy's, un bar próximo a la Central, que era su punto de encuentro cuando un día que ellos podían considerar normal, terminaba. El lugar en el que las tensiones no existían, donde se abandonaban a las risas y al placer de las buenas compañías y donde las armas no comían a la mesa. Los tres de siempre ocupaban su lugar habitual al final de la abarrotada barra de aquel acogedor lugar, se dejaban envolver entre sus paredes de madera oscura y las antiguas fotos en blanco y negro formaban parte de su familia y de sus momentos de paz.

El bar de Roy estaba regentado por el policía Roy McCalister, un descendiente de emigrantes irlandeses que había empleado todos sus ahorros en la adquisición de aquel local y que había conseguido darle el carácter y la fama como lugar de reunión de policías y ex policías. Roy era un hombre de aspecto duro, alto, de facciones marcada y cicatrices en la cara de las nunca hablaba. Su voz era ronca y fuerte pero su trato amable y cercano.

-¿Lo de siempre, chaval?

-Sí, Roy, eso estaría genial, gracias.

-¡Qué barbaridad! ¡Qué frío hace! ¡Se me van a congelar las bragas! –Rachel entró seguida de Jacob, se había abrigado tanto que sólo se le veía la punta de la nariz.

-Dicen que se avecina tormenta –anunció él, mientras se sacaba su elegante abrigo marrón y lo colocaba cuidadosamente sobre el respaldo de su silla.

Ryan, no se ve ni una nube, no digas bobadas. ¿Dónde has oído eso? ¿En el canal de oficial de Clarisa?

-No te burles, Clarisa no se pasa el día enseñando pisos y criando a mis hijas, es una mujer a la que le gusta estar informada.

-Ya, si por estar informado entendemos leer las revistas del corazón y ver los programas de cotilleos.

Rachel y Aden siempre disfrutaban sacando a Jacob de sus casillas.

-Para vuestra información lo ha leído en Internet y dicen que en una semana la nieve cubrirá Nueva York.

-Vaya novedad Ryan, estamos en la última semana de Noviembre –dijo ella mientras le daba un largo sorbo a su copa de vino.

-Tu riéte, pero las previsiones no son nada buenas. No os hará tanta gracia cuando la nieve os llegue a las rodillas.

Se pasaron así un buen rato charlando de algo tan insustancial como el tiempo en invierno, riéndose unos de otros y dándose codazos, alimentando, con cada sorbo, aquella hermosa amistad que había ido creciendo con los años, resolviendo casos, discutiendo temas y esquivando balas.

Rachel desabrochó un botón de su elegante camisa negra mientras empezaba su segunda copa, ante la mirada de sus compañeros, que conocían aquel como unos de sus gestos habituales que indicaba que empezaban a relajarse. Su hermoso pelo negro brillaba con aquella

tenue luz y su piel oscura parecía cobrar vida con sus risas. Aden no dejaba de mirarla y de reírse con sus chistes sobre hombres y su lenguaje poco habitual en una mujer. Admiraba su valía y determinación cuando las cosas se ponían feas. Nunca conseguían ponerse de acuerdo en nada pero a eso ya se habían acostumbrado, les movían los mismos ideales de hacer justicia y con aquello era suficiente.

Cuando las copas dieron paso al cansancio, los tres salieron de allí y tomaron el camino de regreso a casa sin sospechar que la paz tocaba a su fin.

4

Amaneció sombrío y gris sobre Nueva York aquella gélida mañana. Los primeros habitantes comenzaron a moverse por sus arterias como pequeñas hormigas dentro de la inmensidad, mientras una brisa helada, casi imperceptible, comenzó a acercarse procedente del norte, acechando a hurtadillas. Una débil luz asomó anunciando un nuevo día, acariciando con suavidad las calles e iluminando con timidez los oscuros rincones de aquella gran ciudad. El murmullo de las sombras se fue apagando para dar paso a un sol extraño, que despertaba escondido tras una cortina gris de tinieblas y malos presagios. La oscuridad desaparecía dejando tras de sí un regalo para el hombre que corría por el parque, aquel que corría huyendo de sí mismo, con la desesperación que provoca el saber que lo hecho no tiene remedio, ni vuelta atrás.

Las hojas crujían bajo sus pies al mismo ritmo que sus pasos cada vez más rápidos. Estaba seguro de que si cerraba los ojos el tiempo suficiente sus pies seguirían el camino sin vacilar y sin equivocación, porque su cuerpo ya vivía aquella rutina y ya la necesitaba a pesar de que su mente, sus pensamientos y su ira, continuaran un camino paralelo.

Seguía corriendo absorto en sus pensamientos cuando algo a lo lejos llamó su atención... Se detuvo...aquella no era la postura habitual para ningún ser humano, por extraterrestre que fuera, de eso estaba seguro. Se acercó lentamente mientras un escalofrío le recorría la espina dorsal, se había enfrentado en numerosas ocasiones a algo así, pero su intuición le decía que aquello iba a ser distinto, los ángulos no encajaban, lo extraño destacaba poderosamente dentro del conjunto; y, por encima de todo, de algo estaba seguro: “esto no debe estar aquí y de ninguna de las maneras colocado así”.

A unos cinco metros del sendero por el que corría cada mañana, había un enorme roble de gran envergadura y poderosa presencia, debajo del que descansaba una mujer joven. Aden se acercó abandonando el sendero y aproximándose por su izquierda. La espalda de la mujer reposaba pegada al suelo, sus brazos estaban abiertos en cruz con las puntas de los dedos ligeramente cubiertas por las heladas hojas, y, le habían colocado las piernas hacia arriba pegadas al tronco del árbol, formando un ángulo casi perfecto con el resto de su cuerpo. Los preciosos ojos de la joven permanecían abiertos, abrumados por aquella repentina sorpresa que había arrebatado su vida y de sus labios azulados todavía podían verse los restos de sangre que habían salpicado su cara como un macabro maquillaje. De su pecho sobresalía una herida mortal que hendía su cuerpo y embadurnaba su camiseta rosa de un profundo rojo oscuro, como si la hubiesen sacudido con la brutalidad necesaria para acabar con su vida de forma contundente y precisa.

Su astuta mente comenzó a analizar con celeridad lo que estaba viendo mientras daba aviso a la Central: brutalidad, precisión, fuerza, víctima indefensa y mensaje. El asesino la había colocado así por algún motivo, porque aquello no podía ser producto del azar; el escenario estaba elaborado de una forma escrupulosa, concisa y con detalle dando a entender que aquello era así por algo y que ese algo era ahora su desafío. Se agachó sobre el cuerpo de la mujer, miró aquellos maravillosos ojos verdes y aceptó el desafío prometiendo con solemnidad al cuerpo inerte de aquella hermosa mujer que daría con su asesino, que la sacaría de aquel frío lugar tan pronto como le fuera posible, que la entregaría a su familia con respeto y decoro y que castigaría a su despiadado asesino.

